



TRIBUNA ABIERTA

Así se habla



POR ANTONIO NARBONA

La calidad de una actuación idiomática no depende del empleo de particularismos, casi todos referidos a la realidad cotidiana

La caracterización del habla andaluza se ha basado en rasgos de pronunciación («aquí hablamos con la ce») y palabras («en mi pueblo se dice argofifa 'aljofifa») que la «distancian» de las modalidades del centro y norte de la Península. Por eso, porque las divergencias léxicas internas son muchas (búcaro, botijo [botiho], porrón...), porque la fonética es muy variada (entre te tiéh qu'í por er hó, porque no hay hombra y te tienes que ir por el sol porque no hay sombra no son pocas las realizaciones intermedias) y, sobre todo, porque es muy diverso el grado de competencia lingüística de los andaluces, la imagen resultante es parcial y sesgada.

¿Por qué no se recurre a lo gramatical, que, por ser la argamasa que une las piezas, podría ayudar a obtener un retrato más fiel? Porque resulta más difícil, cuesta mucho dar con un hecho sintáctico singular, y los pocos morfológicos a que se alude, además de dividir a los andaluces, no gozan de estimación, como ¿uh-tede se vai a í[r] también o se quedái? que emplea una parte de los andaluces occidentales, o si yo fu(er)á podí(d)o ehtá [r], extendido en las capas populares.

¿Qué hacer? No limitar la observación a los no muy instruidos y que apenas hayan salido de su localidad, perfil preferido por los dialectólogos, y acercarse a los (cada vez más numerosos) capaces de participar en intercambios orales alejados del familiar. Y dejar de igualar o confundir el acento o deje -que no es «uno»- con la pronunciación. De una experta imitadora de mujeres relevantes en la política, escribe un periodista: «hasta consigue calcar a la ministra M^a J. Montero sin que el acento andaluz parezca una caricatura». Puedo asegurar que todo se reduce a la aspiración o «pérdida» de las -s implosivas o finales (lah medida preventiva, loh doh caso, ehtablecen, ehtán asintomático). Pero el acento es mucho más. Que el sentido intencional llegue a ser contrario al literal (¡no habla ná[da]!; ¡tendrás queja de mí!; ¡tú, sigue!) se consigue gracias a patrones melódicos (que en ocasiones permiten ordenar el enunciado de un modo distinto al «normal» o «lógico»). No hay secuencia con entonación «neutra». Como mi intención no era aplaudir lo dicho por alguien, sino desentrañar de qué maneras (en plural) hablamos -lo que, insisto, no se averigua sólo por el léxico utilizado y la fonética, erra el lector que haya interpretado el título como ¡Así se habla!

Miles de páginas se han escrito sobre bueno, pues (y bueno, pues). Muchas menos acerca de las comparaciones hiperbólicas, bastantes convertidas en clichés (ehtáh máh liao que la pata [de] un «romano»); de las reiteraciones nada tau-

tológicas (¡Ah! no, yo, si ehtoy con alguien / ¡ehtoy con alguien!); de las «reconvenciones» en que se segmenta la cadena (pueh tú / vino / bÉbes! // y whisky / también); de las coordinaciones que recalcan la inmediatez (fue entrá[r] y empezá[r] a llové[r]), anulan la incompatibilidad (lo bueno de mi casa éh que ehtá en Sevilla / y NO ehtá en Sevilla) e incluso tratan de entender algo «incomprensible» (¡tan cerca como ehtamos... y no noh vemo nunca!); de las pseudocondicionales que nos «liberan» de responsabilidad (¡no, si ahora voy a tener yo la culpa!); etc., etc. Los lectores, que habrán ido «reponiendo» lo que ningún sistema gráfico proporciona, ampliarán este pequeño muestrario aplicando el oído, o echando un vistazo a ciertas columnas periodísticas.

Nada de eso se «enseña» (ni falta que hace) en las clases de lengua, pese a serlo a menudo «de gramática». Se continúan diferenciando las interrogaciones totales (¿vienes?) de las parciales (¿vienes o te quedas?), pero casi nada se dice de las parceladas (de tu padre ¿qué sabes?) o de las que ni «preguntan»: ¡¿a mí me vas a decir tú lo que tengo que hacer?!

Ahora bien, que todo ello se oiga en Andalucía no quiere decir que sea «propio» del andaluz. En más de una ocasión me he visto obligado a recu-



ABC

lar, por haber insinuado que, si no exclusivo, algún mecanismo «conclusivo» parecía darse aquí más: siempre se lah apaña pa[ra] llevarme la contraria / er tó que tó é[h] no dehamme en pá[z]. Toda cautela es poca. El amor a lo (que se cree) «propio» nunca debe ocultar que es muchísimo más lo común.

La calidad de una actuación idiomática no depende del empleo de particularismos, casi todos referidos a la realidad cotidiana. No sé si hay muchos niños que juegan hoy al trompo y a piola ('pidola'), o saltan a la comba. Pero por dejar de utilizar tales voces (ninguna «andaluza», por cierto) o igualar la pronunciación de censor y sensor en [sensó] o [cenzó] (cierto que algunos acaban por abandonar el ceceo), no se habla «peor». Sí lo hace mejor el que sabe expresarse de modos correctos (muy) diversos y atinar con el (más) adecuado en cada ocasión. Es el hablante «culto».

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

